**“La lucha contra el cambio climático es una cuestión de clase”**

Pocas, muy pocas luchas serán más materiales y más de clase que la lucha contra el cambio climático y, en general, la lucha contra los grandes problemas ambientales.

Si incorporamos también la perspectiva de género, nos pasará algo muy similar.

Y es que no puede ser de otra manera cuando hablamos del territorio que nos acoge, de los recursos naturales que nos garantizan una vida digna o del mismo aire que respiramos y nos permite vivir. En general, para todo ser humano que habite este planeta, debería ser una prioridad absoluta proteger nuestro medio ambiente y garantizar que las siguientes generaciones lo reciben (al menos) como nosotros lo hicimos.

Pero la realidad nos dice que no es así y, de hecho, los grandes responsables de las emisiones de gases de efecto invernadero (GEIs), de la contaminación de ríos o mares, de la contaminación del aire que lleva a la muerte a tantas personas en todo el mundo anualmente, no solo no parecen preocupados sino que con sus acciones incrementan estos problemas, ya de por sí graves.

Por una parte, es evidente que para las grandes fortunas y multinacionales su principal objetivo es el beneficio económico, no el beneficio social o ambiental. Y a ello fiarán todas sus actuaciones. No importan cuánta responsabilidad social corporativa o cuántas campañas pidiendo responsabilidad individual a sus consumidores propongan: el mercado nunca garantizará derechos y tratará, por todos los medios, de generalizar el mensaje de que la responsabilidad siempre es del individuo que no hace lo suficiente.

Pero también, y esto es importante destacarlo para entender qué nos jugamos la clase obrera y las personas más desfavorecidas de este planeta, es que **quien tiene el poder y la posibilidad de acaparar los recursos naturales sin asumir los costes, no ha sufrido nunca en la historia los efectos de la contaminación o el cambio climático de la misma manera que quienes no lo poseen.**

Ya desde los inicios de la Revolución Industrial el impacto de la industria y sus contaminantes fue muy diferente entre la burguesía y la clase obrera que llenaba las ciudades y las fábricas. Por una parte, y como señalaba el propio Engels, los diseños de las ciudades ya se hicieron para separar completamente la ciudad burguesa de los barrios obreros, completamente invisibles: podrías recorrer cualquier ciudad inglesa, como Manchester, sin encontrar rastro de los trabajadores. Ese núcleo urbano para la burguesía se conformó con grandes avenidas, parques y arboledas. Mientras tanto, la clase obrera se hacinaba en barrios sin apenas servicios, sin espacio y pegados a las propias fábricas donde trabajaban (si no directamente viviendo en ellas). Y, de esta manera, recibiendo de manera directa y letal altos niveles de los contaminantes propios de las ciudades: residuos orgánicos y contaminantes atmosféricos provenientes de las estufas, además del derivado de la actividad industrial instalada. Por supuesto, esto también afectaba a la calidad del agua y de los productos cultivados en las cercanías.

Dejando la Europa industrial del s-XIX, sin irnos tan lejos en el tiempo, pero sí en el espacio, eso sigue ocurriendo de manera mucho más frecuente de lo que queremos pensar: la industria extractiva en América Latina o África, o los grandes centros de producción textil en Asia, contaminan el aire y las aguas de quienes viven en estos territorios, esquilman sus recursos y empobrecen los suelos. Coca Cola es un ejemplo paradigmático, denunciada en multitud de países en vías de desarrollo por ser responsable de la desecación de acuíferos, contaminación del agua y un despilfarro hídrico sin precedentes.

En todos estos casos, como pueden imaginar, son sus habitantes, generalmente muy empobrecidos, quienes sufren las consecuencias: malas cosechas, contaminación de sus aguas y aire y las consiguientes enfermedades asociadas. Hambre y enfermedad provocadas de manera directa por el mercado y sus prácticas devastadoras del medio ambiente.

Actualmente quizá uno de los temas que más preocupa, dentro de la crisis ambiental, sea el cambio climático. Y no es para menos: los efectos que se prevén, y aquellos que ya podemos observar, son aterradores. Temperaturas extremas, aumento del nivel del mar, descenso vertiginoso de las masas de agua dulce, fenómenos meteorológicos extremos e incontrolables como nunca, desaparición de especies…todo un cóctel mortal. Que preocupa y mucho en la ciudades del primer mundo por lo que anticipamos que puede ocurrir, pero que se ha convertido en una pesadilla muy real para la mayor parte del mundo.

Y para poner el primer ejemplo, por una parte, de la actualidad del hecho en sí, y del impacto en las personas más desfavorecidas, por otra, tenemos a los refugiados ambientales.

Según las Naciones Unidas, en la actualidad existen más refugiados por causas climáticas que por guerras: más de 60 millones de personas. En 20 años, siempre según la propia Naciones Unidas, esa cifra podría elevarse hasta 1.000 millones de personas. De estas, más del 80% son mujeres, quienes más dependencia tienen de los recursos naturales de su territorio debido a que suelen encargarse de la agricultura, ganadería y sustento de la familia.

Un ejemplo, el lago Chad, entre Níger, Nigeria, Camerún y Chad, ha perdido en medio siglo cerca del 85% de su superficie debido a la sequía, como consecuencia del cambio climático. 20 millones de personas padecen hambrunas en ese momento.

En otro extremo, Alaska y Groenlandia, la pérdida de hielo compromete la caza y pesca tradicional de los nativos obligándoles a buscar nuevos territorios.

¿Piensan que esas son realidades muy lejanas? Veamos qué ocurre en España: en Almería y Murcia la salinización, escasez de agua, contaminación de suelos por pesticidas y degradación de áreas naturales están comprometiendo hace tiempo la agricultura local obligando (siempre a quien puede hacerlo) a trasladar los cultivos y obligando a los temporeros a elegir entre el paro o la migración.

Pero vamos más allá, empieza a hablarse de “guerras climáticas”, como define el psicólogo social alemán Herald Welzer a los conflictos bélicos debidos a cambios en el medio ambiente a consecuencia del cambio climático. Un ejemplo estudiado: la guerra de Siria, donde según un estudio, el periodo de sequía de 2006 a 2010 precipitó la crisis que estalló en 2011.

**Islas que desaparecen a consecuencia del aumento del nivel del mar y han de prepararse para una evacuación total de su población. Zonas donde la sequía permanente hace inviable la agricultura. Deforestaciones masivas que hace imposible la subsistencia.**

**Las primeras y mayoritarias víctimas: las de abajo, las empobrecidas, las trabajadoras.**

Pero existen más ejemplos de cómo afecta el cambio climático. Uno de ellos, quizá menos conocido pero igualmente terrible, es el efecto en la salud. Por una parte, el evidente: temperaturas extremas.

Cada verano sufrimos más y más intensas olas de calor, que elevan las temperaturas a niveles insufribles. También el efecto contrario, con olas de frío polar que, de la misma manera que las olas de calor, han provocado numerosas muertes directas o indirectas, consecuencia de agravarse distintos problemas de salud previos. No olvidemos que, tal como advertía un estudio en el que participó el CSIC y que fue presentado el pasado año, “si las temperaturas aumentasen de manera global entre 3 y 4 grados, en lugar del 1,5 recomendado por el Acuerdo de París, la mortalidad por calor ascendería entre el 0,73 y el 8,86%" “En el caso de España los datos muestran un aumento de entre el 3,27 y el 6,29%”. Escalofriante. Y profundamente injusto en sus efectos: no, no sufren de la misma manera las olas de calor o los episodios de frío siberiano quien vive en la calle que quien tiene un techo, quien puede pagar facturas astronómicas en aire acondicionado/calefacción que quien no puede hacerlo. La clase, siempre es la clase social.

Denunciaba recientemente Amnistía Internacional:”En Wilmington las olas de calor son especialmente perjudiciales porque sus habitantes, en su mayoría de ingresos bajos, no pueden permitirse el aire acondicionado. Y como aún viven cerca de las refinerías y los pozos petrolíferos tienen que tener las ventanas cerradas.” Seguro que recuerdan o conocen muchos más casos y más cercanos. Polos químicos como el de Huelva, industrias pesadas en el norte de España…

Pero también existen otros riesgos para la salud. El incremento de las temperaturas está permitiendo que especies que no podía habitar y reproducirse en nuestro país empiecen a hacerlo. Distintos tipos de mosquito, por ejemplo, con su capacidad de transmitir enfermedades que no existían aquí. Enfermedades erradicadas, como la malaria, podrían reaparecer en el Delta del Ebro. Distintas epidemias pueden extenderse en nuestro territorio consecuencia de unas nuevas condiciones ambientales que permitan la supervivencia de los transmisores. Según se prevé, entre 2030 y 2050 el cambio climático causará unas 250.000 defunciones adicionales cada año, debido a la malnutrición, el paludismo, la diarrea y el estrés calórico.

Por otra parte, tal como se señalaba desde la Organización Mundial de Alergia "el cambio climático, conjuntamente con el estilo de vida urbano, la contaminación y el estrés, están haciendo de las enfermedades alérgicas la mayor epidemia no infecciosa del siglo XXI”

**En todos los casos, como siempre que hablamos de salud, el impacto de clase es evidente. Quien puede vivir en mejores lugares, más alejado de los focos de contaminación, con mejor alimentación, descanso, acceso a un sistema de salud completo y es capaz de completar tratamientos sin tener que dejarlos a medias por cuestiones económicas, estará en una situación de ventaja inapelable.**

Otros de los aspectos que han de enfrentarse de manera inmediata por los impactos que en él tendrá el cambio climático es la alimentación. El mercado nos ha inundado de productos los estantes de las grandes superficies, pero la realidad es que la gran dieta global nos ha empobrecido la alimentación a niveles tan altos, que es necesario retroceder muchos siglos para encontrar un momento similar. Dependemos de apenas más de 100 especies; sólo entre arroz, trigo y maíz se alcanza más del 60% de la producción mundial. Según indican algunos estudios, bastaría una disminución notable de los rendimientos de sólo dos de los cultivos mayoritarios para provocar una fuerte crisis alimentaria en sólo un año.

Además se alerta del impacto del cambio climático en distintos cultivos y cómo se está comprometiendo el acceso a alimentos tan asumidos en nuestra dieta diaria como el chocolate, el café o la cerveza.

Y en este caso, **los grandes damnificados volverá a ser la clase más vulnerable: por una parte, las personas productoras, que en caso de una gran crisis de producción por sequía, deforestación o cualquier otro fenómenos, sufrirán las consecuencias económicas. Por otra, la falta de alimentos será indudablemente más impactante entre quienes a duras penas consiguen llenar la nevera todos los meses**. Los mercados a futuro, que especula con los alimentos, el acaparamiento de tierras fértiles y producciones y los desmanes de la agroindustria nos llevarán a escenarios aún más comprometidos.

Los impactos en materia laboral vienen también anunciándose. Desde ISTAS-CCOO llevan tiempo advirtiendo de la necesidad de luchar contra el cambio climático, así como de la urgencia de adoptar medidas de adaptación a sus efectos, para evitar que se agraven riesgos laborales existentes y hacer frente a los nuevos.

Las ocupaciones al aire libre (sector primario, servicios como limpieza y cuidado de jardines, funcionarios que desempeñan sus tareas en el exterior o la construcción) son mucho más vulnerables a los periodos de temperaturas extremas: golpes de calor, cansancio extremo, exposición a la contaminación del aire y riesgo químico.

Asimismo, los trabajadores del sector primario, tienen mayor riesgo de sufrir infecciones por distintos vectores. Y, dado que el aumento y virulencia de plagas es un hecho, la exposición a pesticidas para combatirlos también incrementará el riesgo de intoxicación.

Y atención, porque serán precisamente los colectivos más precarizados, con meno derechos y con condiciones laborales más desreguladas quienes con mayor virulencia lo sufrirán. Falsos autónomos como los “riders”, trabajadores de la construcción sin contrato, guías turísticos, temporeras o repartidores de publicidad son carne de cañón para estar entre los primeros que sufrirán el agravamiento de las condiciones ambientales.

**De nuevo, los más vulnerables al cambio climático serán trabajadores precarizados que, posiblemente, no puedan ni demandar medidas de vigilancia y prevención**. Este mismo verano ha sido dramático en cuanto a muertes laborales asociadas a efectos climáticos.

Este brevísimo repaso por algunos de los ejemplos más claros de por qué la lucha contra el cambio climático es una cuestión de clase pretende alertar(nos) a las fuerzas de izquierda a actuar de manera rápida y contundente. No podemos caer en debates irreales sobre tal o cual medida parcial hay que poner en marcha, ni caer en el debate de si esta es o no la contradicción principal que ha de enfrentar la clase obrera. Nos jugamos literalmente la supervivencia como especie y el presente de aquellos con quienes queremos construir una sociedad justa.

En la mesa existen en la actualidad distintas salidas: el capitalismo pintado de verde, tan del gusto de las democracias burguesas del primer mundo, cuya utilidad se ha demostrado inexistente desde la constatación de que todos los indicadores para evaluar las políticas puestas en marcha de lucha contra el cambio climático han empeorado. Todos.

Pero también se está hablando, y mucho, sobre el Green New Deal. Quizá sea uno de los debates más apasionantes que tenemos ahora mismo. La congresista norteamericana Ocasio-Cortez lo describió como “Similar en escala a los esfuerzos de movilización en la Segunda Guerra Mundial o el Plan Marshall. Requerirá la inversión de billones de dólares y la creación de millones de puestos de trabajo con salarios elevados. Debemos invertir de nuevo en desarrollo, manufacturas y distribución de energía, pero esta vez energía verde. Lo que estamos tratando de lograr no es tan solo salvar nuestro planeta de la devastación del cambio climático, sino que también sacará de la pobreza a millones de americanos.”

Hemos de estudiarlo con interés. Hay que planificar económica y socialmente la lucha contra el cambio climático y la adaptación al mismo, y hacerlo sin dejar a nadie atrás. Por eso no puedo resistirme a plantear algunas dudas como final de este artículo:

El GND no recoge ninguna propuesta que garantice que las empresas de combustibles fósiles paguen los daos ambientales causados hasta ahora, y que siguen sumando y no solo eso, sino que permitiría a algunos de los mayores contaminadores del mundo recibir fondos públicos para la transición ecológica.

Pero mientras esta transición ocurre, los y las trabajadoras más vulnerables seguirán sufriendo los resultados de años de acumulación de beneficios letal por parte de estas mismas empresas. Y volveremos a poner fondos públicos al servicio de empresas privadas cuyo principal objetivo es el beneficio económico y una buena cuenta de resultados.

Reflexionemos, analicemos y debatamos. El gran reto que nos viene, la gran lucha para la que debemos prepararnos, es global.

Las comunistas, como internacionalistas, tenemos clara nuestra vocación de construir un gran bloque que permita enfrentar con el capitalismo, derrocarlo, y construir juntas una nueva sociedad. Y por supuesto debemos encontrarnos con nuestras compañeras para la construcción de esa nueva sociedad. Quizá nunca como ahora se entiende nuestra alianza natural con el ecologismo social: porque entendieron como nadie qué significa ser internacionalista y qué necesidad tan imperiosa hay de cambiar el sistema económico. Porque entendieron que la economía está al servicio de las necesidades de la sociedad y no al revés, pero entendiendo que el corto plazo es contrarrevolucionario y no podemos comprometer la viabilidad de las sociedades futuras.

Pongamos también nosotras lo mejor de nuestra tradición y nuestros más útiles análisis. Estudiemos el Green New Deal, estudiemos mecanismos para abordar la transición ecológica necesaria, y hagámoslo sin olvidar nuestro objetivo principal: la construcción de una sociedad sin clases que garantice derechos y vida digna a todas, las que estamos y las que vendrán

Porque, no nos cansaremos de repetirlo, necesitamos una revolución sin fecha de caducidad.